

Silvia Martínez Cotelo

VII-1995

Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Navarra en 1998.

Su gran afición a la lectura y a la escritura motivaron su participación en este certamen *Pedro de Atarrabia*, cuando todavía cursaba sus estudios universitarios, resultando ganadora.

Nació en Pamplona en el año 1974.

En la actualidad reside en Barcelona, ampliando sus conocimientos y colaborando al mismo tiempo en otros eventos literarios.

EL ENCUENTRO

I



No oía nada a mi alrededor, estaba solo. Estaba todo lo solo que quería estar. ¡Qué fácil es aunque el mundo esté lleno de gente! Estaba solo, y a mi alrededor decenas de personas... estaba solo dentro de una conversación que ni siquiera oía.

Caminaba solo junto a gente que me empujaba al andar. Estaba solo dentro de cualquier bar, y alguien brindaba conmigo...

Estuve solo un día y un mes me duró la soledad, hasta que quise salir de ella. Recapacité. Mis decisiones sólo yo las podía tomar. Era duro, o simplemente aburrido. No quería empezar porque sabía cuánto me iba a costar, y sabía que no podría echarme atrás; mi vida dependía de mí y no conocía a nadie que pudiera sustituirme.

Todo aquello que parecía no haber oído en los últimos días giraba ahora en mi cabeza tomando cierta forma. De todo aquello, tomaba algo que me podía servir y aprendí a no desechar ningún consejo, ninguna crítica. Más tarde vendrían las alabanzas e incluso tal vez alguien llegaría a decirme que se equivocó al pensar que yo jamás sería nadie.

No creo que ella dejara de quererme pero ahora comprendo lo que es querer sentirse con un futuro seguro. Tampoco yo voy a

dejar de quererla aunque mi vida se haya ido rehaciendo sin ella. Pero el amor ya no es como al principio, ya nada lo es.

Me comporté demasiado mal con la gente que me rodeaba aunque ellos no eran los culpables de mi situación. También muchas personas fueron duras conmigo en momentos que yo creía necesitar apoyo, cuando todo lo que necesitaba era voluntad para levantarme y empezar. Algunos eran las personas que yo más quería, a otros los dejé de apreciar en aquel momento. Muchos eran personas a las que yo ni les iba ni les venía pero ¿quién no peca de sabio?, y creían que dejaba pasar todos sus consejos y que nada de lo que decían me importaba, sin embargo, todo me influía más de lo que nadie nunca llegue a imaginar.

En tan poco tiempo llegué a vivir tanto que me sentía perdido dentro de mí mismo, como si de pronto dejara de saber quién soy. Además yo no era nuestro único problema y las cosas parecían no tener fin para mí, como si no tuviera derecho a descansar..., y estaba realmente agotado.

II

Nunca se paraba a pensar si lo que hacía tenía sentido o no, prefería no afrontar la realidad y que ésta pasara inadvertida. Yo me limitaba a seguirle, nunca le discutía ninguna idea, nunca le discutía nada. A veces envidiaba su alegría y su despreocupación, pero en el fondo yo comprendía que así no llegaba a nada y traté de hacérselo comprender en más de una ocasión. Cuando le hablaba del futuro, de ser alguien en la vida, me decía que él era muy joven todavía y terminaba por cambiarme el tema, siempre con un beso o una caricia. Tal vez tenía razón y era yo la que tenía demasiada prisa por madurar; realmente le quedaba mucho tiempo para cambiar pero yo avanzaba a pasos agigantados y presentía que iba a perderlo.

Jorge atravesaba esa edad en la que el deporte resulta fundamental, el ciclismo era su pasión, apenas si dedicaba tiempo a los estudios y ver que se iba quedando anclado en un curso me angus-

tiaba. Cada día me sentía más alejada de él, cualquier excusa era buena para iniciar una discusión, quería marcharme y no sabía como hacerlo.

No recuerdo quién me dio la noticia del accidente ni cómo me lo dijo, pero de mi boca exhalé un «ya te lo advertí» y me invadió un sentimiento de alivio ante el posible fin a mis problemas, del cual me arrepentí inmediatamente y lloré ante la idea de perderlo para siempre (supongo que me habrían dicho que corría el riesgo de morir), luego comprendí que a pesar de seguir a su lado él ya me había perdido.

En aquellos días mucha gente me consolaba y yo cada día debía dejar a un lado todas mis dudas para ir al hospital y alentar a mi «novio». Él estaba totalmente deprimido y yo no sabía cómo animarlo. Mi madre me ayudó a tener fuerzas para aguantar, todas las mañanas al levantarme me decía que tenía que ayudarlo; por otro lado mi padre, que nunca vio con simpatía aquella relación, fue el único que me hizo ver la realidad aunque ésta me costara, no fue con palabras pero me hizo comprender que no debía seguir manteniendo aquella situación, una relación fundamentada en la lástima. Así es como poco a poco dejé de ir al hospital. En el momento más importante de su vida yo no supe darle apoyo, y de verdad lo necesitaba, ya que cuando los médicos le dijeron que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera manejar de nuevo su pierna, y que aún así no le aseguraban su entera recuperación, Jorge se hundió en la más terrible desesperación. Pobre Jorge, él jamás podría olvidar su bicicleta.

III

No recuerdo el último día que Ana apareció por el hospital, ni la razón por la que dejó de venir, pero era algo que tenía que ocurrir, ella en realidad no era para Jorge. Sin embargo Nora era distinta, en cuanto la vi pensé que ella era lo que el chico necesitaba. Fue un detalle por su parte ayudarlo con sus estudios.

Hacía un mes que Jorge había salido del hospital y no levantaba cabeza, no parecía tener intención alguna de reincorporarse a su vida. Su cojera le hacía sentirse distinto y ni siquiera sus amigos consiguieron sacarlo de casa más de un par de veces.

El médico nos advirtió que la rehabilitación sería más larga y dura si el chico continuaba con aquella actitud.

Yo no sabía cómo acercarme a él, no sabía cómo despertarle de aquella profunda apatía en la que había caído. Me dije a mí misma, «y has fracasado de nuevo», y me lo repetía con insistencia cada día. Cuanto mejor parecía estar mi hijo mayor, más perdía el control del problema de Jorge. Y en mi confusión desconocía el motivo de ambos procesos.

Ahora estoy segura de que aquella fue la recuperación de mi hijo y no me avergüenza reconocer que logró lo que yo ni siquiera había llegado a intentar porque no paraba de decirme que no era capaz. Sin embargo Nora no lo pensó dos veces, estudió la situación y atacó al centro del problema. Siempre andaba riendo por cualquier cosa, su risa era de esas que se contagian con facilidad y animaba mucho a Jorge. Fue tanta su influencia sobre mi hijo que acabó haciéndose imprescindible para él. Nunca lo había visto estudiar así, parecía avergonzarse cuando Nora le preguntaba algo que no sabía contestar.

Lo cierto es que en cuanto entró en casa, hasta el color de los muebles pareció cambiar, quizás fuera el contraste entre su alegría y el abandono de mi hogar.

Era como un ángel, al fin mis oraciones habían sido escuchadas.

III.1

Cuánto lo siento ahora, ahora que ya todo ha pasado y veo el daño que puede ocasionar una personalidad débil como era la mía.

¡Cuántas veces yo sabía que ella lloraba por no poder aplacar mi dolor y yo ni siquiera me paré a pensar en el suyo!

Tantas noches como pasó conmigo en el hospital. Ella era quien me limpiaba y me alimentaba, siempre con aquella sensibilidad de madre...

Ahora que recuerdo todos sus desvelos y pesares, ahora que con mi recuerdo puedo comprender sus ojeras y nervios, ahora sé que nunca jamás podré olvidar lo que hizo por mí.

Aquella noche no dormí... ella no durmió, y tampoco la siguiente. Y cuando al fin conseguí hacerlo, ella permaneció allí, lo sé porque entre mis sueños percibía su calor.

Jamás olvidaré el contacto de su mano, mullida y fuerte entre mis desvalidos dedos. Su leve sudor, producido por el calor de mi fiebre, me hacía sentir seguro y arropado. Con los ojos cerrados pensaba que nada de aquello estaba sucediendo, que yo aún era muy pequeño, tanto que mi madre podía cogerme en brazos. Y eso que era lo que su sola mano podía lograr, ¿qué haría toda ella por mí?, ¿qué no hizo?

Con su entereza ella me envió un mensaje que no percibí, tan cegado como estaba con aquel egocentrismo hipocondríaco que me envolvía.

Le costó tanto sonreír de nuevo... tardé demasiado en darle un motivo.

En casa la situación cambió, mi injusticia creció hasta el punto de que mi madre se convirtiera en el objeto de mis críticas. Creo que en mi interior lo que pretendía era no ser el único desgraciado y así comencé a hacer la vida imposible a mi madre, quizá porque era ella la que siempre estaba conmigo.

Su ayuda hacia mi hermano y la complicidad que entre ambos surgió empezó a ser algo intolerable en mi presencia.

En ocasiones me daban ciertos ataques de histeria que descargaba contra cualquiera, terminando siempre con algún portazo, me encerraba en mi habitación y me consumía con la rabia de mis pensamientos. En otras ocasiones acentuaba mi cojera al andar de manera que mi madre al verme se escandalizaba y llamaba al médico de inmediato.

No sólo estaba destrozándome a mí mismo, sino que pretendía acabar con todos los que me rodeaban.

Ahora no puedo comprender cómo mi madre no me echó de su casa; pensaba que lo que yo soportaba era demasiado, creía que lo soportaba todo. La lección de cariño y entereza que me dio mi madre es lo mejor que he aprendido nunca, y de verdad me gustaría tener su valor para poder aplicarlo tal y como ella lo hace. Sobre sus espaldas ella cargaba absolutamente con todos y cada uno de nuestros problemas.

IV

«Ánimo muchacho, tienes que conseguir ponerte bien, como yo lo hice». Ya sólo lo pensaba, ya no me atrevía a decirle nada. Lo intenté pero a él parecía molestarle todo cuanto yo pudiera hacer o decir.

No, ya no podía hablar con él, ya no me atrevía más que a pensar. Fui con él una tras otra a cada una de sus sesiones de rehabilitación y con mis propios brazos lo sujeté en sus primeros pasos. Ayudar a mi hermano fue la mejor terapia que pude haber tenido, verle tan hundido fortalecía mi propia voluntad, y mi sufrimiento al verle así me hacía comprender lo que los demás habían padecido conmigo. Así que yo salía ganando, lo único que estuve a punto de perder fue su confianza, no sabía cómo podía ayudarle, cada día me despreciaba. Recapacité. Una mañana decidí no levantarme tan temprano. Tal y como él quería lo dejé en paz. Se quedó solo.

No necesitaba su ayuda, mover la pierna no era algo tan difícil. No entendía aquel empeño por acompañarme, en realidad el enfermo era él y yo jamás le fui con consejos ni monsergas. Él había estado en el fondo, mucho más abajo que yo, y su mejoría no significaba que pudiera sostener el peso de ambos.

Nunca le pedí que viviera conmigo, yo no era un niño, podía hacer las cosas por sí mismo.

Pero aquel día no fui capaz de levantarme, preferí fingir que no me había despertado. Sin embargo algo en la mirada de mi hermano me reveló que su plan había sido perfecto, él me retó y yo perdí.

Como todo, esto también tiene dos caras, la de antes y la de después: si me paro a pensar me doy cuenta de que mi hermano, precisamente por haber estado en el fondo, era quien mejor podía decirme cómo salir.

Su estrategia tardó algún tiempo en surtir efecto, y es que mi cabezonería llegaba a tales extremos que me impedía ver lo que había pasado. Todo cuanto yo pensaba era que él se había cansado, yo estaba seguro de que aquello tenía que ocurrir tarde o temprano, mi hermano no había mostrado constancia en nada, se caracterizaba más bien por su irresponsabilidad, no quiso entender que yo era quien le estaba ayudando a cambiar.

Sin embargo, mi cobardía venció al poco orgullo que tenía, no me quedó más remedio que reconocer la necesidad de aquellos brazos fuertes y familiares. Pero sobre todo fue mi sentido común el que reinó en aquella decisión, ya que ante todo ya sabía que dejar la rehabilitación significaba dar marcha atrás.

Pedirle a mi hermano que volviera conmigo a las sesiones de ejercicios, fue una de las cosas más difíciles que tuve que hacer, el paso más grande que di para empezar aquella ardua tarea, mi recuperación. Esperé una sonrisa irónica o una actitud que me hiciera

sentir verdaderamente vencido, pero en vez de eso, contuvo sus sentimientos dándome a entender que no esperaba menos de mí, y me hizo no sólo partícipe de su éxito, sino que me convirtió en el único protagonista de él.

Fue aquel uno de mis primeros pasos, y sólo cuando yo quise empecé a caminar.

V

Paseaba mi sombra por la casa durante el día como un sonámbulo lo hace por la noche. Siempre era el último en enterarme de todo lo que pasaba, y es que mi perspicacia sólo se daba en esquivar los problemas. Mi esfuerzo lo destinaba únicamente a mi trabajo y con el salario obtenido creía haber cumplido con los requisitos familiares exigidos. Comencé siendo un simple marido y me costó demasiado aprender a ser padre, en realidad no lo hice hasta que la situación se estabilizó, y aunque nunca es tarde sí que no era necesario. No creí que para educar a un niño hiciera falta algo más que un grito a tiempo con el que implantar mi autoridad como única e indiscutible. Por tanto cuando mis hijos fueron necesitando otra clase de apoyo yo no supe ver en ellos a dos personas, quizá no lo fueran, ya que yo jamás los eduqué para ello.

Cuando me comunicaron las porquerías que tomaba mi hijo mayor, ya era necesario su internamiento en un centro de rehabilitación. Me dirigí a mi esposa creyendo que estaría al borde de la desesperación, pero su entereza me asombró tanto, incluso a sus ojos, que no pudo menos que lanzarme una mirada de lástima, por la que acabé entendiendo que ella lo sabía desde hacía mucho tiempo.

¿Cómo no pudo decírmelo? ¿Cómo no pude darme cuenta?, gracias a Dios no se me ocurrió preguntárselo.

Desperté de la inopia para caer en la apatía y en ésta me pilló el accidente de mi otro hijo. Traté de no ver que verdadero pro-

blema no era el accidente en sí, sino en la depresión en que mi hijo se sumió incomprensiblemente para mí. Yo siempre había afrontado los problemas de frente... sus temores y congojas eran niñería; su cojera era exagerada; su tristeza era pereza; su... yo no supe mirar a mi hijo, me conformé con la forma y dejé a un lado el fondo.

Poco a poco fui recuperando a mis hijos, algo que no había tenido y gracias a su comprensión dejamos de ser unos extraños.

Por aquel esfuerzo puedo ahora estar seguro de haber revivido, y muestro con orgullo una familia de la que yo soy guía.

V.1

Me resulta fácil imaginar su reacción al enterarse. Sé que salió corriendo y acudió inmediatamente al hospital. Pero aquello no fue más que un impulso ya que volvió a su trabajo de inmediato, en cuanto supo que yo estaba fuera de peligro.

Después, aquella actitud fría, con su severidad llegué a pensar que era un perfecto desconocido. Su grito me hizo clavarme en el sitio. Él no quería que yo cojeara y yo creía no poder evitarlo. Mi esfuerzo por recuperarme no era suficiente para él. Jamás me ayudó a caminar. Nunca hablaba más de lo necesario y siempre con aquel ceño fruncido que ya parecía parte inseparable de él. Yo no entendía cómo había cambiado, sin embargo, el verdadero cambio llegó algo después.

Cuando intentó abrirse a mí, su voz no se lo permitió, pero finalmente pudo articular una disculpa que creía deberme. No se me ocurrió que podría reprocharle, salvo su comportamiento de los últimos días, pero él no se refería a eso sino al resto de los años de mi vida.

Nunca había echado de menos un padre, como él decía, y se empeñaba en que jamás se portó como tal. «No se puede echar en falta lo desconocido», y me lo repetía insistente a

modo de disculpa. Y a mí nunca me pareció tan extraño como entonces.

Casi me costaba evitar que se me escapara alguna frase impertinente, no podía ponerme a comprender lo que me decía si ni siquiera me comprendía a mí mismo, ni lo que me estaba pasando. Deseaba con todas mis fuerzas que se callase y se dejase. Y él hablaba y hablaba como si una tarde quisiera corresponder con lo que en toda mi vida debía haberme dado. Sus consejos y ejemplos parecían no tener fin, ¡tenía tantas cosas que decirme!, yo consideraba que eran demasiadas.

«Déjame solo», ese era todo mi vocabulario en aquellos días, y en aquel fui especialmente brusco, tanto que mi padre enmudeció y tras besarme salió, dejándome solo.

Y en la soledad escuché sus palabras que permanecían en el aire, y percibí la humildad de un hombre. Pensé que había poseído la confianza de mi padre por un instante, y con mis propias manos la había arrojado sin miramiento alguno. Él nunca volvería porque cuando al fin había empezado a ser padre yo, su hijo, le había rechazado.

Al día siguiente al despertar, él se encontraba junto a mi cama, leía un libro, yo nunca lo había visto leer.

Le pregunté por qué no estaba en el trabajo, la pregunta escapó de mi boca por inercia, era lo único de lo que solía hablarme. Parecía asombrado ante mi pregunta, como si la respuesta fuera algo evidente, como si aquel hubiera sido su comportamiento habitual durante los últimos diecisiete años. Y suspiró antes de exclamar, «¡hijo, estás ingresado!». Después comenzó a charlar conmigo de innumerables sucesos acaecidos en los últimos días. No logré volver a irritarme con él.

VI

Siempre me habían hablado de él como de un «chaval majo», amigo de todos sus compañeros. Y no le conocía más que de vista,

ya que al poco tiempo de que yo llegara a la escuela él tuvo su accidente.

Fue mi profesor de matemáticas quién me volvió a hablar de Jorge, me dijo que necesitaba ayuda para sacar el curso, que no podía venir a clase y que ya había perdido demasiadas. No relacioné las historias hasta que fui a su casa y lo hallé con su pierna rota. Mi profesor había sido muy astuto al no mencionarme nada sobre el accidente y lo que es más importante, nada sobre la situación psicológica de Jorge.

Es curioso el cambio tan radical que dio mi vida, ya casi no recuerdo cómo era antes de conocerle; aunque la gente se empeñe en considerarme una persona muy humanitaria, yo sé que esto no es así, todo lo que soy se lo debo a Jorge y estoy convencida de que si le enseñé algo a él, no fue precisamente por humanidad.

El primer día se mostró satisfecho de ver una cara nueva, y así continuó durante mucho tiempo, sin mostrarse ni más ni menos disgustado. Puede que con su familia fuera áspero, pero esa aspereza se guardaba mucho de mostrarla en mi presencia. Sin embargo, no podía disimular su falta de interés, que yo me esforcé por ignorar. Así pues, mi actitud consistía en ir y desarrollar el trabajo que tenía previsto con la mayor alegría posible, aunque sin salirme de los límites que yo misma había implantado. Sabía que él esperaba la menor oportunidad de lamentarse acerca de su problema, sin embargo no estaba dispuesta a darle la ocasión de decir algo que consideraba podía comprometerme, y aunque ahora no me arrepiento de haberle conocido, ni de haber pasado con él lo más difícil, soy consciente de que de haber sabido con antelación su situación, no hubiera sido yo quien le fuera a dar clases, porque cierto tipo de compromisos me hacen huir de la realidad.

Recuerdo perfectamente el comienzo de su cambio, tras unos días en los que no pude verle. Al reencontrarnos comenzó a hablar tan deprisa que apenas podía entenderle y todo para tratar de explicarme cuánto me había echado de menos. Me halagó

tanto... aquel día sólo habló él, y se lamentó tal y como yo tantas veces antes había supuesto que haría. Yo no entendía por qué no le interrumpía, pero sin darme cuenta sucedió lo que tanto temía y me encapriché con él, tan débil que con tan sólo una de mis manos podía mantenerlo. Ahora ya no soy fuerte, nunca lo fui. No fue mi fuerza la que consiguió su recuperación, tal y como tanta gente piensa. Es su voluntad la que nos dirige a ambos, siempre fue así.

VI.1

No me preguntes por qué entró ella en mi vida, yo no la busqué. ¿Ella?, me esquivó todo el tiempo que le fue posible, no quería entrar en mi juego para luego sentirse culpable.

Luego, nunca se me ocurrió pensar que estuviera conmigo porque le inspiraba lástima, ella lo dejó claro desde el principio que si no me ponía bien, se marcharía, y esta advertencia fue la que me movió.

Su autoestima está muy por debajo de la realidad, por eso al principio prefería mantenerse distante, pero sin quererlo me fue dominando. Ella no quería sentir lo mismo que yo y sobre todo aborrecía la idea de convertirse en imprescindible para mí.

La sorprendí cuando ella ya no lo esperaba, pero en vez de sorpresa sólo percibí frialdad. Al día siguiente vino dejándome las cosas claras, no eran aquellos sus planes de vida... y desde entonces ya no se ha separado de mí.

Si supiera pintar, expresaría todo aquello que con palabras no sé decir, sentimientos que corren por mis venas y que tan sólo ella despierta en mi interior, mi vida, conocida gracias a ella. No podría dejar de emplear color alguno para representar su perfección.

Era demasiado sensible, y yo la hice fuerte. Somos dos polos opuestos inseparables. Era todo cuanto yo necesitaba, fue mi fuerza de arranque. Me convertí en el móvil de su vida.

VII

Yo que siempre me reía de la vida, y aquel desconocido me quitó las ganas de reír en un momento. Contaba su historia con tanto sentimiento que realmente tuve que creer que había aprendido a vivir a partir de ella. Parecía agradecer su desgracia, sin la que ahora no sería persona.

Pensé que de su experiencia estaba aprendiendo algo, y aunque me siga sonriendo ante numerosos dilemas, sé que siempre puedo afrontarlos de más maneras.

No importa la gravedad, si tú no quieres resolverlo, el problema no tendrá solución.

En un instante su vida cambió, fue un despiste que todavía no es capaz de explicar, de pronto se encontró empotrado en aquel coche, y dejó de ser un niño para siempre. Fue una gran transformación.

Aquel sábado regresé a casa satisfecha, la noche había merecido la pena, me habían presentado a alguien digno de ser escuchado, alguien que tenía mucho que decir, y si bien nunca más lo volví a ver, siempre permaneció en mi recuerdo.

Me senté ante el papel y Jorge habló por mi mano, en media hora fue capaz de enseñarme una buena lección de vida, y es que nunca debemos pensar que no somos nadie, nunca mientras nos quede tiempo de convencernos de lo contrario.

De mi memoria se han ido sus palabras, pero prevalecen sus dudas; ya no recuerdo su cara, pero sí su vitalidad; ya no sé su nombre, ni qué era aquello que estudiaba, pero estoy segura de que tenía un nombre y de que se esforzó por empezar a labrar su futuro.

Y creo que a nadie le interesa más de lo que he dicho, porque todos nos vemos reflejados en su anonimato, y nos identificamos con esa experiencia que cada uno debe superar alguna vez en su vida.

No es una gran historia, ni nosotros somos grandes personas. Nadie hará una película sobre la vida de Jorge, pero él ya fue protagonista. Y nosotros, meros espectadores, también representamos el papel principal de nuestro propio relato.

VIII

«Levantarme y andar. Dar unos pasos y llegar hasta la puerta, y salir, y marcharme como si nada hubiera pasado. Tan sólo son unos pocos pasos, pero para mí suponen un esfuerzo casi insuperable.

Quedarme aquí tumbado y seguir durmiendo. No querer despertar y soñar que no estoy, que nada ha sucedido.

Luchar, superarme, dejar que alguien me ayude. Y no seguir mirando esa blancura que me cubre el cuerpo, las paredes, el techo, como si fuera ese el único color que existiera.»

Así me sentía y no podía evitarlo, me sentía acabado. A veces regreso con el recuerdo, estos momentos me vienen como ramalazos y veo con perfección la cara de mi madre o la de mi hermano cuando con esfuerzo sujetaba mi cuerpo. Veo con claridad el día que salí del hospital y aún puedo sentir la angustia de no poder moverme de aquella cama.

Y nunca podré olvidar los desprecios de las personas que no creían en mí, ni mi propio desprecio hacía mí mismo, por la misma razón. Y el día que caminando por la calle (ya mi cojera no existía) tropecé con el padre de Ana y pude orgulloso demostrarle cuán equivocado había estado.

Quizá debería agradecer mi recuperación a muchas personas, pero no es suficiente un gracias, lo iré haciendo en su momento. Ahora trataré de vanagloriarme ya que fue por mí que empecé a curarme, fui yo quién me obligué. Sí, gracias a mucha gente, pero cuando yo quise. ¡Y si supierais cuánto me costó! ¡Cuántos amigos perdí!

De antes del accidente prefiero no acordarme, ya no soy aquel, ahora soy Jorge, alguien que sabe lo que quiere y le conviene, alguien que ya no juega con su vida. Disfruto de cada momento y afronto las cosas tal como vienen, pero en vez de mirar hacía atrás, he elegido dejar el mundo de los recuerdos, proyectando mis nuevos ideales en el futuro, para mí y para todos.